

La Argentina no está en crisis

Enrique Del Percio*

La Argentina no está atravesando una crisis. Eso es evidente. Ya atravesó muchas; lo que hoy ocurre es algo distinto, de otra naturaleza, y no es correcto emplear una palabra usada hasta ahora para describir situaciones tan distintas de la presente. ¿Cómo llamar entonces a lo que está ocurriendo? No lo sé. Nuevas realidades requieren nuevos conceptos. Provisoriamente es válido retomar viejas palabras y hablar de un cambio de *ethos*, de paradigma o de horizonte. Por diversos motivos creo que este último término, tomado en su acepción nietzschiana, es el más apropiado. Pero más que una discusión terminológica, lo que me propongo hacer en este trabajo es analizar algunos factores que caracterizan la actual situación e intentar aportar instrumentos para la elaboración de una matriz teórica que permita un abordaje adecuado de la cuestión.

¡Que se vayan todos!

“¡Que se vayan todos!” gritaba la señora elegantemente vestida en la puerta del banco. Fiel a mi deformación profesional,

* Doctor *summa cum laude* en Filosofía del Derecho y Especialista en Sociología de las Instituciones. Profesor de Sociología en la Universidad de Buenos Aires y en diversas universidades de América y Europa. Es rector del Instituto Pedagógico Latinoamericano y del Caribe. Autor de *Tiempos Modernos. Una teoría de la dominación*, Buenos Aires, GEA, 2000; entre otras obras.

me acerqué y le pregunté si acaso quería que hubiera un llamado a elecciones ya. Me contestó que no, que lo que quería era que se fueran todos. Entonces volví a la carga, interrumpí su estentóreo ejercicio de participación ciudadana y le pregunté si quizá lo que quería era que volviesen los militares. Al borde de la indignación, la mujer me respondió que eso nunca más lo quería para la Argentina. Advertí que lo mejor era plegarme a sus reclamos sin mayores comentarios, pero la tentación fue demasiado fuerte e insistí: “Tal vez usted es anarquista”. “¡No!” me gritó ya muy molesta “¡la anarquía nunca! Si no, ¿quién les va a hacer pagar a estos lo que nos deben?”. Decidí que ya era suficiente interrogatorio y me alejé caminando por Santa Fe, mientras la señora quedaba coreando “¡que se vayan todos!” junto a otros ahorristas frente al banco.

Lo primero que me vino en mente cuando traté de entender un poco lo que quería esta señora es la definición que da Pareto de la sociología: es la explicación lógica de las conductas alógicas.

La explicación lógica más simple indica que la gente se hartó de ser defraudada por los representantes y quiere asumir el poder por algún mecanismo aún no conocido de democracia directa. Pero en este caso, no se entiende por qué formulan su planteo en términos de deseo (“que se vayan”), en lugar de hacerlo en términos imperativos: “váyanse todos”.

Entonces, la única explicación lógica posible pareciera ser la ofrecida por la dialéctica negativa de Adorno¹: el poder en todas sus manifestaciones ha defraudado tanto a la población que aparece una suerte de horror a toda posibilidad de síntesis dialéctica. Dada la tesis (que sumariamente podríamos definir como “clase dirigente inepta y/o corrupta”) surge la antítesis (“que se vayan todos”). Pero el temor a que una síntesis, cualquiera que ésta fuera, ocluyera las posibilidades emancipatorias de la

1. ADORNO, T. W., *Dialéctica negativa*, Madrid, Taurus, 1992.

negatividad transformándose en una nueva modalidad de ejercicio de un poder contrario a los intereses de la población, hace que de antemano se rechace la síntesis, consagrándose adornianamente el momento de la negatividad.

Sin embargo, en una segunda lectura esta explicación no termina de convencer. En efecto, el rechazo a toda forma de anarquía y un cierto temor acerca de “en qué puede terminar todo esto” son algunos elementos que no encajan en lo que podría ser una plasmación popular inconsciente de la teoría crítica frankfurtiana. Tengo la impresión de que el pueblo argentino está protagonizando una experiencia metafísica; una patencia de la nada en sentido heideggeriano².

No me refiero al viejo cretino que tiene el descaro de proclamar paladinamente ante las cámaras de TV que “en mis setenta años nunca participé de una manifestación ni me metí en política” y después se queja de la dirigencia que tenemos, ni al cuarentón que grita desafortadamente “¡Ar-gen-tina! ¡Ar-gen-tina!” mientras agita un cartel que dice “devuélvanme mis dólares”.

Me refiero, en cambio, a los millones de argentinos que están protagonizando uno de los acontecimientos (uso esta palabra pensando en Heidegger y Badiou) más interesantes desde la caída del muro de Berlín. A diferencia de lo que ocurre con los hechos o con los sucesos, los *acontecimientos* no pueden ser analizados válidamente con los parámetros y las categorías propias de la “ciencia normal”. Por eso es preciso superar la concepción predominante en ciencias sociales que recomienda concentrarse en cosas empíricamente comprobables aunque sean poco importantes. Hace falta emplear lo que Charles Wright Mills denominaba la “imaginación sociológica”³.

2. Cfr. CASALLA, Mario, *De finales y recomienzos*, Buenos Aires, Mimeo, junio de 2002.

3. WRIGHT MILLS, Charles, *La imaginación sociológica*, México, FCE, 1959.

Con este talante me propongo trabajar un elemento que no se manifiesta en forma evidente; que “está ahí”, pero no se deja aprehender, como pasa con la línea del horizonte: *la cuestión de la crisis de la representación en el arte, la filosofía y la política y su vinculación con las formas de intercambio*. Por cierto, este es solo “un” elemento a tener en cuenta. Como siempre ocurre en ciencias sociales, cualquier explicación monocausal es desde el vamos incompleta, si no errónea, por lo que no aspiro sino a que este ensayo pueda servir de complemento a otras investigaciones.

Adecuación, representación, reproducción o El poder del dinero

Uno de los aspectos más obvios de lo que está ocurriendo lo configura el colapso de la ilusión de la representación como sustrato de legitimidad de la vida política. En esto, la Argentina no es ajena a lo que pasa en el resto del mundo. La diferencia pareciera consistir en la gravedad e intensidad con que se está dando este cuestionamiento de la representación. Deliberadamente hablo de cuestionamiento de la representación aunque los cuestionados sean los representantes, pues cuando un fenómeno es tan generalizado es lícito plantearse el problema de la institución representativa en sí con prescindencia de los actores concretos. Cualquiera que haya viajado al exterior en los últimos quince años habrá advertido en todas partes un *crecendo* del descontento de los ciudadanos con la clase política. Por cierto, una situación similar se puede encontrar también en las primeras décadas del siglo XX, cuando la crisis de la democracia parlamentaria dio lugar a las democracias de partidos. Autores como Weber, Gramsci, Benjamin, Pareto, Michels, Mosca o Schmitt dan testimonio de ello. No es por casualidad que hoy se vuelve la mirada a la obra de estos grandes pensadores. De

hecho, muchas de sus reflexiones acerca de la corrupción, la ineficiencia y el anquilosamiento u oligarquización de las elites políticas conservan hoy plena actualidad.

Sin embargo, existe un consenso prácticamente unánime en afirmar que la situación actual tiene características que la diferencian sustantivamente de aquella crisis. Por eso tantos pensadores actuales están procurando dar cuenta de esos caracteres diferenciales de la crisis contemporánea –si se la entiende meramente como “crisis”– apelando a muy interesantes y plausibles vías de análisis. Así, algunos sostienen que al constituirse la televisión en el principal gestor de la opinión pública, los políticos deben adecuarse a su formato, el que es totalmente incompatible con el fundamento de la democracia representativa: la libre discusión de las ideas⁴. Si una imagen vale más que mil palabras, ¿qué lugar queda para la exposición discursiva de propuestas complejas, únicas válidas para resolver problemas complejos? Concomitantemente: ¿cuántos televidentes permanecerían frente a la pantalla mientras transmiten un debate parlamentario? Podemos responder que en ciertas ocasiones los debates tienen buen *rating*. Es verdad. Pero también es verdad que la mayor parte de las tomas de decisiones no se dan en el recinto sino –en el mejor de los casos– en las discusiones que tienen lugar en las comisiones, y esas discusiones son largas y tediosas: exactamente lo contrario de lo que requiere la dinámica televisiva. Lo dicho vale también para otro importante ámbito institucional de toma de decisiones como es la reunión de gabinete de ministros.

Otro argumento que trata de explicar la crisis de la representación tiene en cuenta el nivel educativo de representantes y representados. En general, los públicos más críticos hacia los

4. Cfr. SARTORI, G., *Homo videns*, Madrid, Taurus, 1999 y los textos en similar sentido de Pierre Bourdieu, así como las críticas levantadas por Ludolfo Paramio, entre otros.

representantes provienen de los distritos con mayor nivel educacional. Esto obedecería a que al estar la gente más capacitada para evaluar y opinar acerca de las cosas que afectan a la comunidad, ya no se conformarían con aceptar acríticamente lo actuado por legisladores y funcionarios. En cambio, en otros tiempos, pocos entendían bien de qué hablaban “los doctores” en los recintos parlamentarios o en las reuniones de gabinete, por lo que se tendía a adjudicarles una sabiduría extraordinaria⁵.

Asimismo, hay quienes plantean que no puede haber representación sin identidades políticas y que no puede haber identidades políticas en un ámbito social fragmentado y fragmentario. En otros términos: un comunista, un liberal, un socialcristiano, un radical o un peronista no necesitaban conocer bien a su representante para saber qué es lo que éste pensaba acerca de temas tan dispares como política internacional, derecho de familia, comunicaciones o educación. Al desaparecer estas visiones totalizantes de la realidad, es imposible saber con antelación que actitud tomará el representante al enfrentarse a cada problema.

De todos modos estas explicaciones son insuficientes. No me refiero a la insuficiencia que muchas veces se señala haciendo notar que, paradójicamente, este colapso de la idea de representación se da precisamente en el momento en que el sistema representativo se reproduce en todos los rincones de la tierra. En efecto, nunca antes hubo tantos países que adoptaran regímenes democrático-representativos, y sin embargo nunca antes las grandes mayorías cuestionaron tanto la representación. Las explicaciones de la crisis de la representación que hemos visto serían insuficientes por no dar cuenta de esta aparente paradoja. Digo que no me hago cargo de esta crítica porque entiendo que la respuesta es sencilla: la democracia representativa, por

5. Cfr. DEL PERCIO, E., *Tiempos Modernos*, Buenos Aires, Altamira, 2000.

la misma índole del proceso de selección de sus elites, genera más expectativas de las que puede satisfacer en orden a los problemas cotidianos. En efecto, una vez garantizados los derechos humanos y las libertades básicas surgen nuevas demandas atinentes a las cosas de todos los días que la democracia representativa no está en mejores condiciones de resolver (aunque hay que señalar que tampoco está en peores condiciones) que otras formas de gobierno. ¡Recordemos que en nuestro país hasta hubo quienes creían que con democracia se come, se cura y se educa! En síntesis: esta crítica a las explicaciones de la crisis de la representación no es válida pues es lógico que cuanto más se extienda ésta, más se conozcan sus limitaciones y mayor sea la decepción ciudadana⁶.

En cambio, de lo que no dan cuenta estas explicaciones es de algo mucho más profundo, y es que la crisis de la representación en todos los órdenes se da en la misma secuencia que su origen: primero respecto de lo bello, luego respecto de lo verdadero y finalmente respecto del bien común. Este tema de la percepción de los trascendentales del ser (*lo bello, lo verdadero y lo bueno*) nos lleva a la idea de horizonte que vengo esbozando desde el comienzo de este trabajo. Horizonte que podemos describir (nunca definir) a partir de los conceptos de *adecuación, representación y reproducción*.

Vayamos por partes: en primer término, vale preguntarse si existe alguna relación entre estos tres hechos en los que siempre está presente el reemplazo de la adecuación por la representación:

a) el hecho de que primero haya surgido la representación (digo re-presentación, o sea volver a hacer presente) en el arte, o sea en el ámbito de manifestación social de lo bello, a partir

6. Cfr. entre muchos otros a GIDDENS, A., *Sociología*, Madrid, Gedisa, 1998 y del mismo autor *La tercera vía*, Madrid, Taurus, 1999. Entre los autores argentinos: NUN, José, *Democracia ¿gobierno del pueblo o de los políticos?*

de la decadencia del arte sacro posterior al siglo XIV, en reemplazo de la adecuación simbólica propia del arte medieval;

b) el hecho de que algo después se reemplaza la noción medieval de verdad entendida como adecuación –ya sea de la cosa al intelecto o del intelecto a la cosa– por la noción moderna de re-presentación, en la que el sujeto no busca adecuar ni adecuarse, sino volver a hacer presente intencionalmente al objeto; y

c) el reemplazo de la fuente de legitimación política, cuyo objeto es el bien común, que pasa de ser la adecuación del mundo sublunar a lo que acontece en los cielos, para ser la representación, primero casi teatral del príncipe de Maquiavelo y después del pueblo en el sentido actual.

En resumen: la adecuación cede su lugar a la representación secuencialmente en el arte (lo bello) en la filosofía (lo verdadero) y en la política (lo bueno en cuanto bien común).

En efecto, cuando el artista post-medieval compone su obra, lo que intenta hacer es volver a presentar una escena o un personaje sagrado tal como él se imagina que habrá sido, con lo que en lugar de ayudarnos a acceder a través de un lenguaje simbólico a una realidad distinta de la cotidiana, lo único que nos permite es acceder a la imaginación del propio artista. De hecho, la primera pintura en que se emplea la perspectiva es una escena que re-presenta la flagelación de Cristo. En ella aparece en un primer plano un soldado romano y Jesús está en un segundo plano, y por lo tanto, tiene en el cuadro un tamaño menor que el del soldado. Esto hubiera sido impensable en la plástica medieval, en la que Cristo debía ocupar un lugar central y tener un tamaño mayor que el resto de los personajes.

En el plano filosófico, a partir de Descartes la verdad deja de ser entendida como adecuación y el sujeto pasa a re-presentar en su mente el objeto conocido. Esta misma idea está también contenida en el término usado por los alemanes para referirse a esta forma de representación: *vorstellung*, poner adelante.

En orden a la legitimación política, durante todo el medioevo fue mayoritariamente aceptado que así como en el cielo existe una escala que va de Dios hasta la última de las siete jerarquías angélicas, también en la tierra se encuentran el Papa o el Emperador (acerca de cuál de los dos iba primero nunca hubo acuerdo), los obispos, los reyes, los duques y así hasta el último campesino. Esta misma línea argumentativa, con múltiples variantes y llegando incluso a conclusiones opuestas, la podemos seguir desde San Agustín en el siglo V hasta la querrela entre Ockham y Juan XXII en el siglo XIV, pasando por Dante y su *Tratado sobre la Monarquía* en el siglo XII.

Pero ya el Príncipe renacentista representa una obra teatral ante sus súbditos: la ornamentación, el discurso, el matrimonio, todo es una gran puesta en escena. Luego vendrán los monarcas absolutos considerados representantes de Dios sobre la tierra. Finalmente llegará el turno de la representación parlamentaria, en la que –como explica Baudrillard– los legisladores simulan hacer presente en el recinto los intereses y mandatos de la totalidad de la ciudadanía.

Por cierto, ya en el siglo XIII encontramos ciertas formas de representación, como el *Magnum Concilium* en Inglaterra, pero eran representaciones vinculares que sólo impropiaamente pueden ser asimiladas a la representación política en sentido moderno. Ésta puede decirse que aparece embrionariamente en 1716 con la *Septennial Act*, también en Inglaterra. Pero con toda propiedad recién la vemos surgir en Estados Unidos cincuenta años más tarde y luego en la Francia posterior a 1789.

Pero todavía hay más. Como dijimos, la secuencia del paso de la adecuación a la representación fue: arte, filosofía, política.

¿No llama acaso la atención que la idea de representación entre en crisis en la misma secuencia? Primero, la crisis de la idea de representación en arte, con Mallarmé en poesía, Kandinsky en pintura, Stravinsky y Schönberg en música, y un largo etcétera. A partir del daguerrotipo, y más claramente des-

de la aparición de la fotografía, cambia la mirada sobre el mundo y el arte avanza sobre nuevos terrenos, dejándole a la técnica la misión de volver a hacer presente, o sea re-presentar la realidad. Esto último lo advierte Benjamin, a quien podemos citar como argumento de autoridad para afirmar que a la representación en arte sucede la (re)producción, con el re entre paréntesis porque las posibilidades que abren las nuevas tecnologías hacen que no podamos hablar de reproducción en el sentido de la fotografía o de los resultados de las líneas de montaje: un auto igual a otro. Pero tampoco estamos frente a la originalidad propia por ejemplo de la obra de arte renacentista. Ni producción original, ni lisa y llana reproducción; prefiero hablar de (re)producción. Nos queda así por un lado un arte para expertos a cuya comprensión los pobres legos no podemos acceder, y por otro la (re)producción no sólo de originales creados en las épocas de la adecuación y de la representación, sino de meros productos de una industria cultural –para usar un término caro a los amigos de Benjamin– cuyo mejor exponente lo encontramos en Hollywood.

Algo parecido pasa con la filosofía: la crisis de la representación la tenemos aquí preanunciada por Nietzsche y concretada desde ángulos tan distantes como Wittgenstein, Russell, Heidegger o Lacan. También en este campo nos queda un saber al que sólo acceden los expertos, y para el vulgo la (re)producción de un modo uniforme y global de ver el mundo, eso que algunos llaman el “pensamiento único”. Asimismo, ninguna proposición puede ser hoy considerada verdadera si no es reproducida hasta el cansancio por los medios de comunicación. Ni *adecuatio* ni representación: reproducción.

Respecto a la crisis de la representación política, los políticos se (re)producen todos a sí mismos, sin molestarse en generar una sola idea original, se publicitan como productos y, finalmente, ya ni siquiera intentan simular que representan al ciudadano, sino que buscan (re)producirnos haciendo las mis-

mas cosas que nosotros. Se hacen fotografiar tomando el subte o andando en bicicleta, dicen tener nuestros mismos gustos, etcétera. Mientras tanto, las decisiones las toman los “expertos”.

En síntesis: el arte, la filosofía y la política pasan a ser cosa de expertos en cada una, y solo una, de esas áreas, permaneciendo incluso los mismos expertos como ignorantes en las otras áreas que no son de su especialidad. El resto, a conformarse con la (re)producción. Pero hay algo más: también un experto es simplemente una reproducción de otro experto. Todos aprenden las mismas recetas, aplican las mismas recetas y luego dan las mismas explicaciones cuando fracasan esas recetas.

Ahora bien: esto que estamos viendo ¿es una simple coincidencia terminológica o nos está sugiriendo una vinculación más profunda? No se me escapa el carácter proteico de los tres términos, pero entiendo que estamos frente a una polisemia analógica y no equívoca. Algo hay en común entre las diferentes acepciones de la idea de adecuación, de representación y de reproducción. ¿Pero qué es lo que hay en común? O quizá la pregunta sea ¿qué hace que varíe la percepción social de los trascendentales del ser: lo bello, lo verdadero y lo bueno? Posiblemente la preocupación de autores como Marx y Simmel por el tema del dinero nos permita encontrar alguna pista.

En el medioevo la economía se basaba en el trueque. ¿Y qué es lo que se hace en el trueque? Se trata de adecuar el valor de la mercancía que yo tengo de sobra al de las cosas que me ofrece otro y de las cuales yo carezco. Si quiero cambiarle al molinero mis quesos por su harina, la transacción se ha de efectuar cuando acordemos cuál es para nosotros la cantidad adecuada de harina por cada libra de queso. En cambio, la moneda representa el valor de la harina o del queso, con lo que la adecuación pasa a un segundo plano. Y el papel moneda representa al metal que representa el valor de la cosa. Ya estamos hablando de representación con todas las letras. ¿Es acaso mera coincidencia que el papel moneda se haya impuesto a partir de la

emisión de los billetes denominados Continentales durante la Guerra de Independencia de los Estados Unidos y de la emisión de los Asignados de la Revolución Francesa, precisamente las dos convulsiones políticas que terminaron entronizando a la burguesía en el poder y a la representación política como forma básica de legitimación?

Ciertamente, todo esto puede ser tildado de demasiado esquemático. Pero convengamos en que estamos viendo coincidencias y relaciones que son poderosamente llamativas. Además, hay una diferencia entre emplear esquemas y ser esquemático. Una persona que visita una ciudad y se guía por un plano hace algo correcto; ahora si esa persona piensa que la ciudad no es sino lo que está esquematizado en el plano, ya es otra cosa. Aquí lo que le propongo es analizar un plano con poco detalle de calles y carriles secundarios; apenas figuran algunas grandes avenidas, pero que nos permiten orientarnos para saber dónde estamos parados. De hecho, consciente o inconscientemente, cada uno se hace su propio “plano” de la historia para poder comprender e interpretar el acontecer temporal.

Siguiendo con las coincidencias y relaciones: a lo largo del siglo XIX el ferrocarril y la navegación a vapor produjeron una drástica caída del precio de los fletes terrestres y marítimos. Sumemos a eso el impacto que provocaron en las comunicaciones el telégrafo y los cables submarinos. Todo ello hubo de generar una universalización del comercio y de los mercados financieros que permitieron que el dinero se (re)produjera a sí mismo a niveles hasta entonces desconocidos. Una buena pintura de la situación en nuestro país se puede encontrar en el libro *La Bolsa* de Julián Martel, donde se advierte claramente que el dinero había dejado de cumplir la función de mera representación del valor de las mercancías. En esta época se da, casualmente (¿?), la crisis de la representación en el arte.

Lo ficticio de este estado de cosas va a quedar de manifiesto en la crisis de los años treinta, con el desplome del patrón oro y

del sistema multilateral de comercio y pagos. Coincide con la época en que la filosofía deja de lado la representación. Y finalmente, en nuestros días, el dinero ni siquiera existe para transacciones importantes. Pensemos en la tarjeta de crédito y el cheque, por no hablar de los mercados *on line*. ¡No olvidemos que el flujo financiero global semanal es superior al comercio mundial anual! Es decir que en una semana circulan tantos dólares virtuales entre las distintas bolsas del mundo como los que circulan en un año en carácter de contraprestaciones comerciales. De la mano de este golpe final al carácter representativo del dinero, llega la crisis de la representación política. Y cuando los encargados de reproducir el dinero son los que imponen sus condiciones a todo el mundo, la época de la reproducción queda consolidada.

Algunas preguntas: ¿por qué la arquitectura ya no genera más edificios con identidad propia, sino grandes moles espejadas que reflejan-reproducen paisajes u otros edificios? ¿Tiene todo esto algo que ver con el incremento de matrícula de las carreras en donde se estudia la reproducción del discurso en lugar de su generación (comunicación social en lugar de sociología o filosofía)? En relación con lo expuesto: ¿no hay acaso un exceso de formación pedagógica en los docentes en detrimento de los aspectos sustantivos? Podría seguir dando innumerables ejemplos, pero creo que hay uno concluyente: ¿es casual que aparezca la clonación, o sea la reproducción perfecta, justamente ahora?

Resumiendo: la percepción social de lo bueno, lo verdadero y lo bello se vincula directamente a la forma de relación de cada persona con el resto de la sociedad civil. Tomando la idea de sociedad civil en el sentido que se quiera, de Locke o del Hegel de la Filosofía del Derecho, lo que queda claro es que la misma se asienta en el interés. A partir de allí no es osado afirmar que la lógica propia de cada tipo de transacción (trueque, papel moneda, dinero electrónico) condicione la percepción que el

hombre y la mujer tengan de los trascendentales del ser, generando un horizonte teñido por la adecuación, la representación o la reproducción.

Epílogo para argentinos

Estas ideas, que vengo trabajando desde hace unos años, lamentablemente encuentran en el actual momento que está atravesando nuestro país una excelente confirmación. Las tribulaciones del dinero son concomitantes con las tribulaciones políticas.

En efecto, a pesar de haber acarreado consecuencias mucho más gravosas para cada uno de nosotros, ni los innumerables incumplimientos de promesas de campaña, ni los desaguisados cometidos en la gestión de gobierno, ni siquiera la escandalosa denuncia de las coimas en el Senado que terminaron con la renuncia del entonces vicepresidente, generaron un movimiento semejante al que motivó la “desaparición” del dinero. O mejor: al que motivó el desvanecimiento de la ilusión del dinero como algo sustantivo. Desvanecida la ilusión podrá seguirse por un tiempo reproduciendo lo mismo meramente por inercia, pero ¿hasta cuándo? Ciertamente, no mucho más.

En la Argentina el horizonte signado por la reproducción está mostrando sus colores crepusculares. Distintas y exitosas experiencias de formas solidarias de economía quizá estén preanunciando un mañana diferente. En otras latitudes aún no se ha llegado hasta ese punto: en Estados Unidos el golpe a la ilusión de la reproducción infinita del dinero asestado por el develamiento de los balances falsos (perdón, quise decir de la “contabilidad creativa”) no es un golpe mortal. A los norteamericanos, la soberanía monetaria les permitirá, a fuerza de emisión de dólares, mantener esa ilusión golpeada pero viva. Algo similar, aunque con características diferenciales específicas,

ocurrirá en Europa. En cambio, aquí ya no hay lugar para continuar con la constante reproducción de lo mismo.

Cuando todo lo sólido se desvanece en el aire, se hace patente la falencia del discurso y la acción política y económica hasta ahora comúnmente aceptada. Mas nada hay aún en su reemplazo. Cuando *todo* lo sólido se desvanece en el aire, sólo queda allí la *nada*. La nada no es lo mismo que el vacío. Si así fuera, dado que el poder aborrece el vacío, se trataría simplemente de intentar predecir qué forma tomará el poder para llenarlo.

Pero la nada no es tema de economistas, ni de políticos, ni de científicos sociales. Esta patencia de la nada es una vivencia metafísica con visos de inefabilidad. Y es al mismo tiempo, para las personas y para los pueblos, el inicio del camino que va de la existencia trivial a la existencia auténtica. En la Argentina, sobre todo las clases medias y altas urbanas, llevan varias generaciones de existencia trivial. Esto no escapó a la atenta mirada de ilustres visitantes como Keyserling u Ortega, ni tampoco a la de agudos observadores nuestros como Scalabrini Ortiz o Jauretche. Y qué duda cabe de que este modo de existencia se exacerbó en los '90 hasta niveles jamás vistos con anterioridad. ¿Será ésta la ocasión de comenzar a vivir como pueblo una existencia auténtica?